



D. MIGUEL SANCHEZ.

El nombre de este insurgente es desconocido, no obstante, que fué uno de los primeros que se levantó en armas por la Independencia y que contribuyó á que ésta se propagase por una considerable región del país, entre México, Querétaro y Pachuca.

Sánchez era un labriego acomodado que residió mucho tiempo en jurisdicción de Ixmiquilpan, y que dedicado después al comercio, hacía viajes por todo el valle por donde corre el río Moctezuma, extendiéndose hasta la Huasteca, Querétaro, Huichápam y otros puntos de esa comarca y del río Lerma; el Lic. Altamirano y el Br. Sánchez, le dieron algunas veces el encargo de que llevase cartas á Hidalgo, Allende, Aldama, etc., lo que le hizo enterarse de

los trabajos de los conspiradores, que secundó con entusiasmo. Iniciada la revolución, recibió de Hidalgo, á quien se presentó en Celaya, el nombramiento de Brigadier, con el que se dirigió á expedicionar por el rumbo de Huichápam, en unión de Don Julián Villagrán, Capitán de la Compañía de milicias de la población, la que era parte del Batallón de Tula. Villagrán estaba ganado de antemano por Arias á la causa de la Independencia.

Sánchez reunió la peonada de la hacienda de San Nicolás de los Agustinos y de otras inmediatas, y con ellas se dirigió en los últimos días de Septiembre de 1810 á ocupar á Huichápam, sin grandes dificultades, así como á los demás pueblos de los alrededores; en seguida se dirigió sobre San Juan del Río, que también ocupó, pero donde no pudo sostenerse, por ser el tránsito obligado de los ejércitos realistas que el Virrey Venegas había puesto en campaña. En cambio se apoderó del Alcalde de Corte, Collado, que había ido á formar causa á los conspiradores de Querétaro, según hemos visto, y lo llevó á Huichápam, donde Villagrán le quitó las causas y los papeles que llevaba, lo obligó á decretar la libertad de la Corregidora, y en seguida lo dejó libre para que continuase su camino á México, donde fué muy mal recibido por el Virrey.

Sánchez tenía inteligencias dentro de Querétaro, las que lo indujeron á que aprovechase la oportunidad que se le presentaba de que la ciudad estaba casi sin guarnición para atacarla; el 30 de Octubre emprendió tomarla, pero siendo su ejército de indios armados con hondas y piedras, fué rechazado con grandes pérdidas, por el Comandante García Rebollo, que disponía de algunos soldados del Batallón de Celaya, de unos cuantos dragones de Sierra Gorda y de un bisoño Batallón urbano levantado en unas cuantas semanas. Ocurrió también que los que desde adentro habían prometido ayuda á Sánchez, no cumplieron su palabra. Don Carlos Bustamante, con su ligereza acostumbrada, confunde las especies y atribuye á un escribano Acuña, que no era ni conocido en Querétaro, el propósito de abrir las puertas de la ciudad á Sánchez, pero es indudable que no pudo ser así y que el que estaba de acuerdo con él era alguno de los antiguos conspiradores.

La aproximación de Flon y de Calleja obligó á Sánchez á internarse en la serranía; cuestiones de primacía en el mando, lo indispusieron con Villagrán, y encontrándose aquél en Alfajayúcan, en casa del Cura, el último penetró á ella y le dió muerte á lanzadas, así como á dos individuos que estaban con él; esto ocurrió á

fin de Noviembre de 1810, y aunque Sánchez sucumbió, la semilla sembrada por él germinó y fué causa de que los Villagrán, el Cura Correa y otros de que á su tiempo nos ocuparemos, continuasen combatiendo por la independencia de la comarca.



D. IGNACIO CAMARGO.

La destrucción que han sufrido nuestros archivos á causa de las continuas guerras y revoluciones, impide comprobar muchos acontecimientos políticos y averiguar fechas, adquirir datos, etc., que ayudarían bastante á resolver muchos problemas históricos y á averiguar sucesos de los que ni remotamente se tiene idea. La biografía de Morelos nos reserva algunas sorpresas, según tendremos ocasión de hacerlo constar y la del Mariscal Camargo, de la que vamos á hacer un ligero esbozo, no nos ha sido posible completarla, por haber desaparecido las fuentes que podían habernos dado algunos datos.

Don Ignacio Camargo, según las noticias que hemos podido adquirir, nació en Celaya, por el año de 1782 á 1783, y pertenecía á una acomodada familia de la locali-

dad, que con la revolución casi desapareció. Prestaba sus servicios en uno de los Batallones provinciales de la localidad. Parece que Camargo, como muchos militares, estaba ligado por los vínculos de la amistad con Don Ignacio Allende y Don Miguel Hidalgo, y que por razón de vecindad se trataban con mucha frecuencia, sobre todo con el primero; de esos tratos á pasar á ser compañeros de conspiración, no había más de un paso, el que sin duda se dió quedando apalabrado Camargo á pronunciarse en Celaya como lo estaba Arias en Querétaro, Sevilla en San Luis, Villagrán en Huichápan, Mier en Morelia, y otros varios en distintos lugares. Esta circunstancia, así como la noticia que Hidalgo y Allende tuvieron, de que la conspiración había sido descubierta en Guanajuato y Querétaro, fué la que los hizo dirigirse á Celaya, población grande é intermedia entre las dos ciudades, y desde la cual podían escoger la dirección que más les conviniese; los partidarios que tenían dentro de la ciudad les hicieron saber que ni el Subdelegado Duro ni los pocos soldados del escuadrón provincial que tenía á sus órdenes el Comandante Don Manuel Fernández Solano, pensaban hacer resistencia. Entraron á la ciudad los independientes, y desde luego se ve la mano de un abogado, (Don Carlos Camargo, que fué nombrado Subdelegado), en la convoca-

ción del Ayuntamiento y en el discernimiento de grados para evitar discusiones como la que hubo en San Miguel entre los dos principales caudillos. En cuanto á Don Ignacio Camargo, se unió al ejército insurgente con el grado de Coronel, y con tal carácter acompañó á Abasco á intimar rendición á Bravo, en Guanajuato; fué llevado á la alhóndiga de Granaditas, donde el mismo Intendente, después de oír la opinión de los europeos y de los soldados, contestó á Hidalgo que ni le reconocía carácter oficial alguno ni se rendía. Con esta contestación regresó el parlamentario á la hacienda de Burras, donde se encontraba aquel jefe, y empezó el ataque de la ciudad.

Camargo siguió en el ejército con el grado de Mariscal, que se le dió en Acámbaro, y estuvo en las Cruces, Aculco y Guanajuato, de donde pasó á Guadalajara; su carácter de subalterno hizo que no se le volviera á nombrar, no obstante que fué uno de los que en su esfera trabajó más por organizar el ejército y de que se batió bien en Calderón. Cayó prisionero en Baján y llevado á Chihuahua se le formó una breve causa que no duró ni quince días, y en la que no pudo defenderse el acusado, pues ni siquiera por vía de formalidad se ocuparon de dar los jueces defensores á los presos. El 10 de Mayo de 1811 fué fusilado

Camargo, en compañía del Brigadier Don Juan Bautista Carrasco y de Maroquín, el ejecutor de las órdenes de Hidalgo.

La circunstancia de haber sido ascendido á Mariscal indica que Camargo prestó servicios más notables que los de otros muchos á la causa de la Independencia, y si no se conocen con exactitud, débese al poco cuidado que hubo entre los insurgentes de la primera época, de llevar un diario de las operaciones, donde constasen los hechos de la campaña y los de los jefes principales.



FRAY GREGORIO DE LA CONCEPCION

Fué Fray Gregorio uno de los pocos insurgentes que tuvo el cuidado de escribir una relación de los sucesos que presencié y en los que tomó parte; y aunque esta relación está escrita muchos años después de aquéllos y contiene algunas exageraciones é inexactitudes, es un documento curioso é importante que sirve mucho para pormenorizar la historia de la revolución en San Luis Potosí y el viaje de los primeros caudillos á Saltillo.

Nació el autor en Toluca, el año de 1773, y tenía los apellidos Melero y Piña, que abandonó al ingresar á la religión carmelitana, para llamarse Fray Gregorio de la Concepción; de Toluca, donde permaneció algún tiempo después de haberse ordenado, pasó por algún tiempo á Oaxaca por el año de 1801 y luego al convento del Desierto en

Tenancingo, donde residía á principios del año de 1808. Allí recibió orden de trasladarse en calidad de predicador á San Luis Potosí, para donde salió en 9 de Julio; el 19 del mismo, según él mismo refiere, llegó á San Miguel el Grande, y como iba algo escaso de recursos, comisionó á un criado para que le vendiese algunos libros, circunstancia que le hizo entrar en relaciones con Allende, Abasolo y Aldama, el menor, (Don Juan); en la conversación se habló de la situación de España, que acababa de ser invadida, y aunque no se franquearan enteramente todos los interlocutores, comprendieron que el mercedario estaba tan cansado de la dominación española, como ellos. En Dolores saludó á Hidalgo, para el que llevaba carta de Allende, y que lo trató bien cuando leyó la carta; lo puso al tanto de los proyectos de insurrección que ábrigan, y le advirtió que sólo estaban en el secreto los cuatro nombrados y Arias.

Este dato es importante para fijar la fecha en que empezaron á trabajar por la Independencia Hidalgo y Allende, y de ser enteramente cierto, prueba que esos trabajos fueron anteriores á los de las Juntas de Valladolid. De todas maneras, indican que la idea de la emancipación había brotado entre los militares y que éstos procuraban hacer prosélitos.

Fray Gregorio siguió su camino á San

Luis y con frecuencia se carteaba con Hidalgo, el cual lo tenía al tanto de sus adelantos; cuando estaba para estallar la revolución, envió á Lanzagorta para que propagase la idea en la ciudad; pero el haberse adelantado el día del levantamiento y la actitud que asumió Calleja, frustraron el plan. Lanzagorta y Zapata, otro complicado, fueron encerrados en el convento, al que á poco llegó con el mismo carácter el lego Herrera. Sin embargo de estar presos, siguieron conspirando, de acuerdo con Fray Gregorio, el lego Villerías y el oficial del Regimiento de lanceros de San Carlos, Don Joaquín Sevilla y Olmedo, que se comprometió á facilitar armas de las que tenía en guarda y á seducir á su tropa. Adelantaron bastante en sus trabajos, á pesar de la vigilancia de las autoridades, y sólo esperaron la salida de Calleja para alzarse y para llamar en su auxilio al insurgente Iriarte, que ya estaba levantado en armas. En la noche del 10 de Noviembre y la madrugada del 11, se llevó á cabo la revolución, que entregó la ciudad á los insurgentes; Fray Gregorio aprehendió á los religiosos europeos que había en el convento, y puso en libertad á los presos políticos, que eran unos doscientos cincuenta; de acuerdo con Lanzagorta, Sevilla y Villerías, llamó por correo extraordinario á Iriarte, que se negaba á entrar, y que al fin se re-

solvió á hacerlo el día 13, pero una vez que estaba ya dentro de la población, desaprobó todo lo hecho y puso presos á los principales cabecillas, con el único objeto de que debiéndole á él la vida, fuese el único á quien reconocieran como jafa. Villerías y Fray Gregorio consiguieron, no obstante, escaparse, y mientras el primero fué en busca de Allende á Guanajuato, el segundo se refugió en la hacienda del Pozo, perteneciente á la Orden, y allí permaneció hasta que el Mariscal Jiménez le mandó alguna gente y el nombramiento de General.

Con este título exigió el dinero que allí se guardaba y que excedía de \$300,000 y se llevó la caballada, las reses y las armas que encontró. Armó á su gente y procuró aumentarla para incorporarse á Jiménez, como lo hizo, en Charcas; procuró atraerse á la tropa disciplinada de los presidios y consiguió su objeto, logrando con sus dádivas que la gente de Cordero se le uniese en la acción de Agua-nueva, y que aprehendiese á su jefe y al segundo, Taboada, que fueron tratados bien por el mercedario. Este ocupó á Monterrey pacíficamente y sin autorizar saqueos y latrocinios, pero tuvo que retroceder al Saltillo al recibir la orden de Jiménez, el cual la dictó al saber la noticia de a derrota del puente de Calderón. Por más rápidamente que caminó no llegó á tiempo á la acción del Puerto del Carnero, y se li-

mitó á incorporarse á varias partidas para evitar el ataque de Ochoa.

En Agua-nueva se unió á los caudillos de la insurrección, que no llegaron juntos, sino muy separados, y en el Saltillo asistió á la Junta de Generales donde Hidalgo ratificó la renuncia que habia hecho, del título de Generalísimo, y en donde se dió el mando del ejército á Rayón. Fray Gregorio, que entonces recibió el nombramiento de Vicario General Castrense de los ejércitos insurgentes, nos da razón de los toros y festejos que habia en la ciudad en honor de los Generales á quienes la traición acechaba ya. En vano fué que recibiesen la noticia de la contra-revolución de Béjar y que continuamente tuviesen razón de defecciones y aprehendiesen espías; Allende, que no conocía á los hombres que habian hecho la revolución por aquel rumbo, confiaba en Jiménez, éste, á su vez, descansaba en la lealtad de Aranda y en las candorosas seguridades que le daba Fray Gregorio; por último, aquél no creía que lo traicionasen, y éste no se imaginaba siquiera que hubiese traidores, ni menos aún que Elizondo fuese uno de ellos. Todavía el día 20 de Marzo se recibió un correo de este militar y cuatro guajes de agua; recomendaba que el ejército fuese dividido en tres trozos y á retaguardia, pues escaseaba tanto la agua en las norias, que si llegaban cincuenta per-

sonas juntas, no alcanzaba para todas;” todo lo creí, dice el mercedario, y jamás pensé semejante traición.” La fatalidad se encargó de cegar á los hombres que tenían á su cargo velar por la seguridad de los caudillos.

El 21 de Marzo fué hecho prisionero Fray Gregorio por el mismo Elizondo y por el padre Borrego, que lo acompañaba; como se habia adelantado, fué el primer aprehendido, á las ocho de la mañana, y aunque trató de seducir á un soldado para que fuese á avisar á los caudillos lo que pasaba, no lo consiguió; presencié todos los sucesos de aquel día memorable, y acudí á auxiliar á Arias, que estaba moribundo, á causa de las heridas que habia recibido; presencié en seguida el desfile de los prisioneros, que eran más de quinientos, y que estaban despojados de sus sombreros, casacas y zapatos.

Se le condujo á Monclova con los sacerdotes y allí fué engrillado, como todos; su relación da cuenta exacta del trato indecoroso que les daban sus guardianes, y del temor que tenían, de que Rayón tratara de libertar á los caudillos. Salcedo y Elizondo, que disponían de pocas tropas, procuraron enviar á los prisioneros á diferentes puntos. En Parras fueron separados los sacerdotes, porque se les destinó á Durango, en tanto que Hidalgo y los militares y ci-

viles siguieron para Chihuahua. El Ilustrísimo señor Olivares, Obispo de la Diócesis tomó decidido empeño en que ninguno de los sacerdotes fuese fusilado, y aun parece que procuró hacerles saber que mientras él viviese no serían ejecutados; en vano fué que la autoridad militar tuviese agrias contestaciones con la eclesiástica. El Obispo cumplió su palabra y durante más de un año los sacerdotes presos estuvieron en estrecha prisión; pero apenas falleció el Prelado, el Comandante Bonavía se apresuró á ejecutar las siete sentencias de muerte que se habían dictado, y lo hizo con tanta precipitación, que informó á su superior de la ejecución, aun antes de que ésta se verificase: "Como ese día salió el correo temprano, nos pusieron por muertos, dice el mercedario en su relación, á los siete sentenciados, y por eso estoy en la Gaceta entre los muertos."

Fray Gregorio debió su salvación á la oportuna llegada á Durango, de Salcedo, el cual se interesó por él y tanto dijo á Bonavía en abono de la conducta del religioso, que consiguió que lo dejase en absoluta libertad. Esperaba un convoy para regresar á su convento, cuando habiendo averiguado su superior de San Luis Potosí que estaba vivo, á pesar de la noticia de su muerte, publicada en la Gaceta, le instruyó sumaria en la que declaró "hasta el mozo cam-

panero para que dijera que la noche del levantamiento le mandó que quitara los cueros de las campanas," y consiguió que nuevamente fuese encarcelado y que se viese otra vez en inminente riesgo de ser fusilado. El General Don Alejo García Conde, la familia Pescador y toda la sociedad duranguense se interesaron por el preso y consiguieron que de momento no se ejecutase la sentencia; pero pasó cuatro años encerrado en un calabozo y temiendo cada día que lo sacasen para llevarlo al suplicio; contrajo un fuerte reumatismo que le duró todo el resto de su vida, y al cabo hubiera sido pasado por las armas, si no consiguiesen sus protectores que se le enviase á San Luis Potosí.

Aunque en el camino y en esa ciudad sus trabajos fueron mayores, consiguió que el Consejo de Guerra que se le formó y en el cual su Fiscal, el Lic. Bocanegra, que después fué Presidente de la República, lo trató con bastante benignidad, lo condenase á destierro perpetuo en Ceuta, á donde fué enviado á fines de 1816; en la cárcel de Cádiz encontró á cinco sacerdotes mexicanos desterados, como Fray Gregorio, por insurgentes; consiguió no pasar á Africa y al restablecerse la Constitución de 1812, le alcanzó una amnistía que le permitió regresar á México. Llegó cuando ya estaba casi hecha la Independencia, en 1821, y después

de mucho impetrar y probar sus padecimientos, consiguió una pensión de un peso diario y secularizarse. En vano fué que siguiese solicitando: "para mí siempre falta y está la Nación recargada," dice tristemente al final de su relación, escrita el año de 1830.

No obstante esto, se le reconoció el grado de General de división en el ejército, y se le dió el mismo nombramiento que le confirmó Allende, el de Vicario General Castrence, aunque sin todos los sueldos anexos á esos empleos. Radicado en Toluca durante los últimos años de su vida, allí falleció en el año de 1843.



D. RAFAEL IRIARTE.

Si fuéramos á exceptuar de este cuadro biográfico á aquellos individuos que por diversas circunstancias entraron en pugna con sus mismos correligionarios y aun se vieron aprisionados y castigados por éstos, tendríamos que omitir á muchos personajes que figuraron de un modo más ó menos notable en los ejércitos insurgentes y que prestaron sus servicios á la causa de México. Esta reflexión nos ha hecho no pasar por alto el nombre de Don Rafael Iriarte, el independiente que después de Hidalgo y de Allende puso en conmoción gran parte del país y propagó la revolución en las dos grandes provincias de Zacatecas y de San Luis Potosí, haciendo que llegase hasta el Norte y hasta las playas del Golfo de México.

Nació Iriarte en San Luis Potosí y su ori-

gen fué bastante humilde; dedicado desde temprana edad á trabajar para ganarse la subsistencia, entró de escribiente á la Comandancia Militar de la provincia y estuvo bastante tiempo á las órdenes de Calleja; por razón de su empleo, tuvo un ínfimo grado militar, y entre los subalternos de la oficina se le conocía con el apodo del "Cabo Leiton." Es difícil averiguar hoy si estaba en relaciones con los conspiradores de San Miguel y de Dolores; pero las circunstancias de que fué uno de los primeros que recibió su nombramiento de Coronel, de Hidalgo, y de que inmediatamente después del grito de Dolores se lanzó á la revolución, hacen creer que algunas relaciones tenía con los primeros caudillos.

En Septiembre de 1810 se pronunció, dirigiéndose al rumbo de León y de Lagos, donde empezó á levantar gente y á comprometer en la revolución á varios hacendados como Don Pedro Aranda, que después fué Gobernador de Coahuila; no atreviéndose á excursionar por la provincia de San Luis, donde Calleja organizaba su ejército, se limitó á inquietar la de Zacatecas, donde los barreteros y la plebe, y aun la clase media, poco necesitaban, como lo demostraron en los días 7 y 8 de Octubre, en que fueron expulsados los europeos, se cambiaron las autoridades y aun se preparó la renovación del Ayuntamiento. Instalado el nuevo al-

gunos días después, nombró Intendente al Conde de Santiago de la Laguna, que no manifestó ideas realistas muy firmes y que al fin decidió entrar en tratos con Iriarte; al efecto, envió al Dr. Don José María Cos, Cura del barrio de San Cosme, para que pasase al campo insurgente y se enterase de las tendencias y objeto de la revolución. La entrevista se verificó en Aguascalientes, y seguramente el ignorante escribiente supo alegar tales razones que dejó convencido al sabio Doctor, el cual desde ese momento se consideró insurgente de corazón, pues no regresó á Zacatecas, sino que fué á San Luis á presentarse á Calleja; éste lo despachó á México, pero en Querétaro cayó preso. En la respectiva biografía tendremos ocasión de seguirnos ocupando de este sacerdote. Este incidente demuestra lo fácil que hubiera sido á la revolución triunfar, si hubiera podido madurar un poco más, pues todas las clases sociales eran afectas á ella.

El Conde de Santiago de la Laguna, de lo único que quedó convencido fué de que no podía sostenerse en Zacatecas, y en consecuencia, abandonó la ciudad á Iriarte, que la ocupó casi inmediatamente; en seguida se dirigió á San Luis, á donde lo llamaban los revolucionarios, que se habían apoderado de la ciudad. Como no aguantaba superior alguno, puso presos á los cabecillas de San Luis, entregó la ciudad al saqueo y

se apoderó de la persona de la esposa de Calleja, á la que guardó muchos miramientos; llamado con insistencia por Allende, que estaba en Guanajuato, no acudió, á pesar de haber salido para el rumbo de Zacatecas. Después de la ocupación de aquel mineral por el General español, Allende se dirigió en busca de Iriarte, creyendo encontrar en él un subalterno leal que le ayudaría á levantar un nuevo ejército, pero palpando el doblez de aquél, temió por su seguridad personal y prefirió ir á Guadalajara, donde estaban Hidalgo y Torres, y enviar á Jiménez para que asegurase la revolución en las provincias internas.

Iriarte quedó en Zacatecas sin hacer nada, y por más que fué llamado, no acudió á la batalla de Calderón, pues el tiempo se le iba en concurrir á bailes y á francachelas. Parece que después de esa batalla tuvo la idea de traicionar, pero la presencia de todos los Generales y de los dispersos que llegaban y que eran en mayor número que el ejército de aquél, le hizo prescindir de sus proyectos; cuando Hidalgo fué desposeído del mando y quedó como particular, Iriarte también quedó en posición desairada y sujeto á constante vigilancia, así como Abasolo. Contribuyó á esto la circunstancia de que poco antes de la acción de Calderón, Iriarte, aprovechando la coyuntura de que Calleja estaba cercano á Aguas-

calientes, le envió á su esposa, que no tenía queja alguna de él, con una buena escolta y con todas sus alhajas; en cambio recibió del mismo modo á la suya, que estaba en poder de Calleja.

Siguió Iriarte á los Generales, pero sin tener mando alguno, y no se vuelve á encontrar su nombre citado en ninguna parte; parece, no obstante, que en el Saltillo logró evadirse de la vigilancia de que era objeto, pues según Bustamante, Allende, al entregar el ejército á Rayón, le dió orden de que si aquél se presentaba, lo fusilase inmediatamente, pues su presencia era señal de que estaba tramando alguna nueva perfidia. Probablemente Iriarte estaba en inteligencia con Cordero y Ochoa y supo á tiempo que se tramaba algo contra los caudillos, pues fué el único que se escapó de la sorpresa de Baján. Pocos días después, y cuando ya Rayón iba de retirada, se presentó en su campamento Iriarte; aquél no perdió mucho tiempo en oír sus disculpas, y para dar un saludable ejemplo á sus tropas, lo hizo fusilar; parece que también influyó la circunstancia de que Iriarte estaba de acuerdo con Elizondo para apoderarse del ejército de Rayón.

De tan trágica manera pereció en los últimos días de Marzo de 1811 el insurgente que acaso hubiera podido ayudar á que en

Calderón fuese derrotado Calleja y á que con esa derrota hubiese cambiado en pocos meses la faz de la revolución y los primeros caudillos hubiesen podido entrar triunfalmente en México.



FRAY LUIS HERRERA.

Pocas son las noticias que se tienen de este insurgente, que fué de los primeros en tomar el partido de la revolución y que expedicionó por San Luis Potosí y Tamaulipas.

Era lego de la religión de San Juan de Dios, y á título de cirujano se incorporó en Celaya cuando Hidalgo llegó á aquella población el 19 de Septiembre de 1810. Ya fuese porque conociese los planes de éste ó porque al saber el levantamiento se adhirió á él, es lo cierto que recibió del Generalísimo la comisión de insurreccionar la provincia de San Luis, y que en cumplimiento de su encargo se dirigió á ella, sin más acompañamiento que un criado. Pero Calleja, que ya estaba prevenido, había dado orden de aprehender á todos los sospechosos; en consecuencia de esto, fué deteni-

do en el camino el lego, el cual apenas tuvo tiempo de deshacerse de sus papeles, consistentes en su nombramiento y en unas cartas que llevaba para Fray Gregorio de la Concepción, Lanzagorta, Sevilla y otros comprometidos de la ciudad. Fué encerrado en el convento del Carmen, donde se puso de acuerdo con Fray Gregorio, y en seguida hizo que lo pasaran al de San Juan de Dios, què era el de su orden, donde había más comprometidos.

En la noche del 10 de Noviembre, que se verificó la revolución, quedó libre y al frente de una partida de 80 hombres, con los que se dirigió á la prevención para abrir la cárcel á los presos del orden común. Una vez que Iriarte (véase) hubo entrado en auxilio de los sublevados, Herrera, temeroso de sufrir nuevos insultos salió de la ciudad y se dirigió á Guanajuato á quejarse á Allende, que hizo llamar á Iriarte, y que si no consiguió que se le incorporara, consiguió al menos que permaneciese entre Zacatecas y Aguascalientes; en seguida despachó á Herrera á que propagase la revolución en el Nuevo Santander, (hoy Tamaulipas), á las órdenes de Jiménez, lo que verificó sin necesidad de dar batallas, pues la opinión era favorable á la Independencia, y dejando reducido á la impotencia al Gobernador Don Manuel Iturbe, en Altamira, regresó á San Luis.

Ya con el grado de Mariscal y teniendo por segundo al Brigadier Blancas, imperó en la ciudad; derrotó el 11 de Febrero de 1811 en San Francisco, á una partida realista que iba á incorporarse al ejército del centro, fusiló á los españoles que iban en ella, y habiendo perdido todo freno y todo respeto á sus jefes derrotados en Calderón, se entregó á toda clase de excesos; saqueó á San Luis, obligó á huir, para librarse de la muerte, al Intendente Flores, puesto por los insurgentes, y sólo descansó cuando supo que Calleja se aproximaba; salió de San Luis rumbo á Rioverde el 25 de Febrero, y como aquel General destacase una partida que persiguiese al lego, se retiró violentamente al Valle del Maíz, donde se creyó seguro. García Conde (Don Diego), que lo perseguía, no pudo sorprenderlo y tuvo que aceptar la batalla que le presentó el lego el 22 de Marzo en las inmediaciones de la población; derrotados los insurgentes, Herrera y Blancas salieron de la provincia y se refugiaron en la villa de Aguayo (hoy Ciudad Victoria), donde creyeron que podrían estar tranquilos mientras formaban un nuevo ejército; pero los pocos soldados que allí había y que se habían pronunciado, al saber la aproximación del realista Arredondo, que iba precedido de una fama terrible, se despronunciaron y para congraciarse con el jefe español se apo-

deraron de Herrera, de Blancas y de cuarenta y ocho oficiales y soldados que los seguían. Arredondo fusiló el 6 de Abril á los dos nombrados y á otros dos jefes y á los demás los envió para Veracruz á trabajar en Ulúa.

El lego Fray Luis Herrera, que tuvo tan corta carrera, ha sido juzgado de muy distinta manera por los dos historiadores de la revolución: Alamán y Bustamante. Nuestra opinión es que, aunque por naturaleza no era inclinado al mal y á la crueldad, era de carácter débil y dejaba á sus Tenientes que hiciesen todos los actos de que á él es ha hecho responsable.



FRAY JUAN DE VILLERIAS.

Pertenece este religioso á la serie de insurgentes de la primera época, que ó bien estaban de acuerdo con los caudillos de la revolución, ó al saber que habia estallado se lanzaron con entusiasmo á ella y trabajaron en su favor en la localidad que conocían mejor ó donde creían alcanzar mayor éxito.

El lego Villerias pertenecía á la religión de San Juan de Dios y residía en su convento de San Luis Potosí cuando se dió el grito de Dolores. La facilidad con que se puso de acuerdo con Sevilla y demás conspiradores de aquella ciudad en los días en que aún permanecía en ella Calleja, es una presunción de que de antemano conocia sus planes, y esa presunción se corrobora al recordar que el lego Herrera, preso en el convento del Carmen, pidió con insistencia